

Un "organismo vivo modificado" es cualquier organismo que tenga una nueva combinación de material genético producida mediante métodos biotecnológicos modernos y forma parte del subconjunto de organismos genéticamente modificados (OGM). Las semillas, las estacas y los tejidos vegetales de cultivos genéticamente modificados son partes vivas de las plantas y, por lo tanto, son OVM. No podemos hablar con pertinencia de los OMG mientras el debate se mantenga entre generalidades. Por este motivo, es que Colciencias tomó la decisión de apoyar la publicación de un número especial de la revista dedicado exclusivamente a analizar el tema de los organismos genéticamente modificados desde diferentes ópticas y expuesto, de manera accesible, por varios investigadores de amplia trayectoria en el tema.

Sólo siete países en desarrollo cultivan comercialmente productos modificados genéticamente, sin embargo casi todas las superficies en producción (salvo en Argentina y Chile) tienen menos de 100.000 hectáreas. En la actualidad la superficie agrícola total dedicada a cultivos modificados genéticamente es de aproximadamente 44,2 millones de hectáreas, mientras que hace apenas unos años eran sólo 11 millones de hectáreas. Alrededor del 75% de esta superficie está en los países industrializados. La mayor parte de estos cultivos se concentran en cuatro productos: soya, maíz, algodón y canola. Casi el 16% del total de la superficie dedicada a estos cultivos está produciendo variedades modificadas genéticamente, con dos características predominantes: la resistencia a los insectos y la tolerancia a los herbicidas. También hay superficies reducidas en las que se producen papas y papayas, productos a los que se les han añadido genes para demorar su maduración y resistir a los virus.

En la actualidad los OMG ya hacen parte de la gama creciente de productos biotecnológicos y progresivamente de nuestra actual dieta. Los científicos, tanto los del sector público como los del privado, consideramos sin duda a la modificación genética como un importante nuevo conjunto de instrumentos tecnológicos, a la vez que la industria encuentra en ellos una oportunidad de incrementar sus ingresos. A pesar de eso, el público de muchos países no confía en los OMG, pues a menudo los ve como parte de la globalización y la privatización, los considera antidemocráticos o que interfieren con la evolución biológica. A la vez, los gobiernos carecen de políticas congruentes en materia de OMG y aún no han creado ni aplicado instrumentos e infraestructuras adecuados de reglamentación.

En la mayor parte de los países no hay consenso en la posible intervención de la biotecnología y en particular los OMG, en los principales desafíos del sector alimentario y agrícola. Por lo pronto la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO) ha planteado la necesidad de evaluar los OMG desde el punto de vista de sus repercusiones en la seguridad alimentaria, la pobreza, la bioseguridad y la sostenibilidad de la agricultura. En este contexto, los cultivos modificados genéticamente no se pueden ver en forma aislada, como meras conquistas técnicas.

A medida que aumentan las aplicaciones de la modificación genética, la comunidad internacional necesita asegurar que los cultivos modificados genéticamente hagan un aporte significativo a la seguridad alimentaria mundial, a la inocuidad y calidad de los alimentos, así como a la sostenibilidad además que estén disponibles para el público en general. Sin embargo, pese a los indicios alentadores, el inventario de la FAO indica que la genómica y la investigación asociada no se están orientando a estos importantes desafíos.

La modificación genética no es un bien en sí misma, sino un instrumento integrado en un programa de investigación más amplio, en el que la investigación pública y la privada pueden compensarse. Orientar correctamente la investigación, así como crear acuerdos internacionales adecuados sobre inocuidad y acceso, es una tarea difícil y de gran responsabilidad. Si bien hoy es más evidente que nunca la necesidad de gestionar con responsabilidad los bienes públicos internacionales, los instrumentos políticos para hacerlo son débiles y en una economía globalizada, a menudo no se escucha la voz de los países pequeños, de los productores pobres y de los consumidores.